



CAPITULO VI

Para México

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

CATORCE de Abril del sesenta y cuatro: ¡qué recuerdos traes á mi mente! Aire diáfano, sol claro, mar en calma, cerros distantes, multitud entusiasta, todo lo recuerda mi memoria, prósbita como mis ojos, que ven maravillosamente lo que queda lejos y apenas perciben lo que está cerca.

Los ciudadanos de Trieste habían estado á despedirse del Emperador; las diputaciones de Milán, Istria y Dalmacia le habían obsequiado con álbums y votos de gracias y todo el mundo daba muestras de pesar por la partida del príncipe, de gozo porque había salido de aquellas tierras un monarca destinado á dar la paz á gentes distantes...

Muy temprano empezó á disponerse todo lo necesario para el viaje, y como á las diez salió Carlota á presidir el

desayuno, que debía efectuarse poco antes de la partida de la *Novara*. Maximiliano no se presentó porque seguía enfermo.

Triste fué la colación, que no se interrumpió siquiera por una voz de contento ó por una muestra de gozo. Asistíamos á aquella postrera comida como si hubiéramos estado tomando fuerzas para llevar á la tumba á una persona querida. De cuando en cuando se oían una orden en alemán ó el sonar de una música que tocaba un aire marino. En aquella corte mexicana no se veía ni se escuchaba nada que trascendiera á México, exceptuando los dos trofeos colgados á la pared con la figura del repugnante Huichilobos, y el murmurar de la conversación que sostenían Woll y Velázquez.

Cuando concluyó el almuerzo, la Emperatriz se levantó yendo en derechura á la alcoba de Maximiliano. A la una en punto salieron ambos, él con traje de general mexicano, llevando al pecho las insignias de la orden de Guadalupe; ella con una bellísima creación de Worth, hecha especialmente para el viaje. Maximiliano estaba pálido, abatido, triste, con muestras tales de depresión y aplanamiento, que delataban de manera indudable la terrible lucha que había venido sufriendo; Carlota estaba serena y grave, pero con absoluto dominio de sí misma.

Ibamos tras los Emperadores, el archiduque Luis Víctor, hermano de Su Majestad, que debía acompañarle has-

ta Roma; Velázquez de León, que gemía bajo el peso de un horrible uniforme que le habían endosado; la condesa de Zichy, alta, blanca, vestida de negro, con su altivo perfil de vienesa distinguida y su hermosa cabellera rubia que parecía un brillante casco de oro que le cubriera cabeza, hombros y cuello; la condesa de Kollonitz, de estatura elevada, gruesa, de movimientos majestuosos, de cuello ebúrneo y de aspecto real; Kuhahewich, el intendente de Miramar, con la melena cayéndole por encima del cuello, la piocha y el bigote napoleónicos; el conde de Zichy, con las patillas crecidas, el cabello rizado y la fisonomía franca y leal; el consejero Scherzenlechner, calvo, con barba cortada á la Lincoln, espejuelos de arillo de oro y aspecto tristón; el marqués de Corio, cara de noble italiano, cabello abundante y ojos azules transparentes y sin malicia; el barón de Pont, carirredondo, narigudo, boca chica y ojos de ave de rapiña; por último, Ontiveros, alto, guapo, de grandes bigotes y aire conquistador. Yo iba entre las damas.

Al aparecer Maximiliano en la terraza del castillo, le saludó un gruñido, un gruñido de bestia bondadosa y complaciente que conoce la miman y la satisfacen. El Emperador dirigió una mirada al espectáculo que se le ofrecía, y una oleada de sangre, de sangre vigorizadora y joven, le tiñó el rostro de un vivo rosicler y le hizo alzar la cabeza, erguir el busto, brillar la mirada y apresurar el paso: el

artista se sentía halagado por aquel espectáculo magnífico, y el príncipe oía en su interior una llamada imperiosa á su dignidad y á su costumbre de mostrarse en público.

Figuraos aquella inmensa rada de Trieste, amplia de manera que podría caber en ella holgadamente toda la escuadra inglesa; figuraos las terrazas de los edificios, los tejados de las construcciones, las torres de las iglesias, las copas de los árboles, los cantiles de las rocas, los huecos, las sinuosidades, todo lleno de espectadores que gritaban, que aplaudían, que movían manos y sombreros, que hacían detonar en las retinas faldas rojas, sombreros blancos y sombrillas de todos colores; figuraos á esa multitud aplaudiendo, gritando é hinchando de voces y de aclamaciones la atmósfera nítida y clara. Figuraos abajo cien barcos empavesados con todos los colores, las banderas de todas las naciones extendiéndose por el aire, y á lo lejos, manchando el azul cobalto del cielo, muchas locomotoras que arrojaban un humo negro que parecía lana de una manada de ovejas negras que corriera por el aire.

Maximiliano contestó al saludo que le hacía el pueblo y oyó en seguida el himno del advenimiento, que lanzaban al unísono las bandas tendidas desde el puerto hasta lo alto del castillo. Bajó en seguida la escalera de mármol y puso el pie en la lancha con dosel de oro y púrpura que debía llevarle á la *Novara*. En este instante todas las embarcaciones surtas en el puerto hicieron señales con sus



... Y puso el pie en la lancha con dosel de oro y púrpura, que debía llevarle á la «*Novara*»

pabellones, las tripulaciones lanzaron hurras, los botes levantaron sus remos, y se confundieron en un solo ruido las aclamaciones de cincuenta mil pechos, las notas de las músicas, el golpear de las hélices, el silbar de las sirenas y el ruido de los cañones que saludaban al creador de imperios, al hombre providencial, al salvador de un pueblo que casi todos los espectadores oían mentar por vez primera.

Maximiliano llegó á la *Novara*, é inmediatamente se arrió en ella la bandera austriaca, izándose en su lugar el pabellón mexicano. Un instante después partimos seguidos de la *Thémis*, fragata francesa que nos escoltó hasta Veracruz, y de seis vaporcitos del Lloyd, que habían formado valla al paso de Sus Majestades.

Maximiliano había estado en la cubierta saludando á la multitud, recibiendo sus aplausos y sus gritos de despedida. Repentinamente se retiró á su cámara, y cuando todo era alegría, entusiasmo y ternura; cuando se oían todavía gritos de gozo y hurras de los marinos trepados en las vergas; cuando las baterías de la costa tronaban casi sin interrupción saludando aquel día feliz, un hombre lloraba como niño en el interior de la cámara regia: era Maximiliano, que se alejaba de los mirtos de Miramar, de la compañía de sus amigos, de los halagos de su patria y que iba... ¿á la muerte? ¿á la gloria? Nadie lo sabía entonces.

Cuatro días de feliz navegación y llegamos á Civitta Vecchia, el puerto pontificio. Nos recibieron también los vivos, las aclamaciones, los generales uniformados, las músicas y los cañonazos. Llegamos á la estación y subimos al tren especial que se nos tenía preparado, regocijándonos al llegar á Roma con las ricas y fantásticas libreas de los carruajes; con el brillo de los uniformes de los soldados; con la variedad de los trajes de los individuos de las órdenes religiosas y con el aspecto monumental de la metrópoli del catolicismo, único en el mundo y por ninguna otra ciudad superado ni aun igualado.

El diez y nueve visitaron los Emperadores al Pontífice: estuvieron discurrendo en su compañía acerca de negocios eclesiásticos, y el veinte fuimos á la misa que dijo Su Santidad en sus aposentos privados. A las siete, que había concluído la misa del Pontífice, siguió otra que todos oímos: en ella recibieron la comunión Maximiliano y Carlota de manos de Pío IX y todos permanecemos confundidos oyendo la palabra angelical del jefe de la cristiandad. Aquel anciano de cabellos de plata, aquella víctima sobre quien habían rugido todas las iras y todas las tempestades de la tierra, aquel santo que no había temido ni la persecución, ni el destierro, ni la muerte, aquel, en fin, que «por amar la justicia y aborrecer la iniquidad» había sufrido la pérdida de su patrimonio y estaba á punto de acabar con sus bienes, se transfiguró, se metamorfoseó, y de viejo,

débil y triste se convirtió en intérprete de Dios, en cabeza de la Iglesia, en *sacerdos magnus*, armado de toda la potestad y de toda la fuerza.

«He aquí, dijo Pío IX, el cordero de Dios que borra los pecados del mundo. Por Él reinan y gobiernan los reyes; por Él los reyes hacen cabal justicia; El permite que los reyes sean escarmentados duramente cuando ejercen mal el poder que les confía.



Pío IX

»Os recomiendo el bienestar del pueblo católico que vais á tener á vuestro cargo. Grandes son los derechos de los pueblos, y necesario es satisfacerlos; pero mayores y más sagrados son los derechos de la Iglesia, Esposa inmaculada de Jesucristo, que os redimió al precio de Su sangre — sangre preciosa que enrojecerá vuestros labios dentro de un instante.

»Respetad los derechos de los pueblos, pero respetad más los derechos de la Iglesia; procurad al mismo tiempo la

salud espiritual y la temporal de aquellos pueblos cristianos; y quiera Nuestro Señor Jesucristo, cuya comunión vais á recibir de manos de Su Vicario, concederos su gracia y la abundancia de sus dones. *Missereatur vestri omnipotens Deus, et dimissis peccatis vestris perducatur vos ad vitam æternam* ».

Maximiliano y Carlota recibieron inclinados la sagrada Forma, y todos sentimos que bajaba el Espíritu de Dios sobre aquella joven pareja que recibía reverentemente el Pan de los Angeles, y sobre aquel anciano que invocaba el nombre del Altísimo y solicitaba su bendición para una de las mayores empresas que entonces se podían acometer.

Concluída la misa del Pontífice se sirvió un exquisito desayuno. Alguien ha dicho que si se llegaran á perder las buenas formas y el arte exquisito de tratar á las gentes, que la diplomacia juzga de su exclusiva competencia, esas formas y ese arte se hallarían de seguro en el Vaticano. En efecto, ¡qué corrección, qué elegancia, qué mesura en actitudes, gestos y palabras los que reinaron en aquella mañana memorable!

A la mesa de Su Santidad se sentaron solamente el Emperador, la Emperatriz y el cardenal Antonelli; los demás estábamos distribuídos en mesitas colocadas cerca de la del Pontífice y las personas reales, y tomábamos dulces, pasteles y helados que nos servían los camareros del Papa.



A la mesa de Su Santidad...